

Pedagogía

EL

ADOLESCENTE

Trabajo dedicado a los Padres de Familia.-

"Pero, que le pasa a mi hijo? Si está insoportable... Ineducado... El curso pasado era muy dócil... Estudiaba sin imposición... Siempre traía buena boleta... Pero ahora... Hasta me responde groseramente..."

Cuántas mamás se han hecho esta pregunta^a sin encontrar una respuesta satisfactoria. La misma paz del hogar está en peligro. Los esposos se contradicen al juzgar al niño de trece o catorce años, hasta llegar a acusarse mutuamente, de falta de tacto en el modo de conducirse con el muchacho.

"Hay que solucionar este estado". Decide la suprema autoridad de la familia. Y para eso, vienen las sanciones, que en la inmensa mayoría de los casos, no producen el efecto deseado.

"Será algún mal amigo". Se le controlan las amistades, y se le imponen otras que a él, no le agradan. El caso sigue sin solucionar. Se recurre a los medios más absurdos, que producen los mismos resultados negativos. Incluso se recurrirá al consejo de familia presidido por la abuelita, que juiciosamente dogmatizará, que los tiempos han cambiado, que "en mi tiempo, los jóvenes no eran así..."

Todos estos recursos, son buenos si no se exageran. Pero, queremos curar un cáncer, con paños calientes aplicados a la cabeza. Para atacar el cáncer con éxito, hay que saber en primer lugar, que aquella llaga es un cáncer o tiene los mismos síntomas que el cáncer: ¿Cómo vamos a curar al joven, de

lo que a nosotros nos parece enfermedad, sin conocer con certeza, el diagnóstico de su estado patológico? Y lo llamo estado patológico, no porque en realidad sea una enfermedad, sino porque la generalidad de los padres, lo consideran como tal.

Vámonos pues, a conocer ese interior. Vamos a descubrir su "enfermedad". Veamos si en realidad es un cáncer, o sólo un pequeño malestar transitorio, sin mayores consecuencias.

Para ordenar un poco este trabajo, en que necesariamente se han de repetir muchas ideas, distingamos en el joven tres aspectos, que no son sucesivos, sino simultáneos: Desarrollo fisiológico, desarrollo sentimental y comienzo de la personalidad.

Desarrollo Fisiológico.-

Antes de entrar en el análisis de este complejo humano, sepan los padres para su tranquilidad, que el comportamiento de su hijo, es un estado o mejor dicho una fase transitoria (en la mayor parte de los casos) completamente normal del crecimiento. Puede ser una enfermedad, pero en un 95 por ciento, es signo de la incorporación a la sociedad, de un hombre que deja la niñez.

"Que mi hijo no es el del año pasado". Naturalmente que no. Su organismo ha evolucionado. Todos vemos el cambio. "Como ha crecido... Qué delgado está..." repiten los padres que hace unos meses que no lo habían visto.

Pero en su constitución interna, su transformación es mucho más radical. Se han producido cambios muy notables que afectarán el elemento psíquico. Fisiológicamente, se da un desarrollo rápido de los vasos sanguíneos, mientras que el corazón lo hace lentamente. La arteria pulmonar, por ejemplo, llega a ser más voluminosa que la aorta. Esto produce irregularidades en el organismo del niño. Además, (esto es de gran importancia) se desarrolla en su interior, un complejo de glándulas de secreción interna, que han de provocar la crisis más aguda de la adolescencia: la madurez sexual. Todas estas transformaciones, producen en el joven un profundo malestar, ensimismamiento, exámenes introspectivos desalentadores y enervantes, con resistencia al medio ambiente. Esta madurez corporal, tiene correlación íntima con la ola afectiva; y hasta el desenvolvimiento psíquico-intelectual y moral, están condicionados de alguna manera se debe con-

tra su propia personalidad. De ahí, saquemos la aplicación.

Ante una discusión, aunque sea con sus padres, él será el que diga la última palabra a veces irrespetuosa, que provoca la intervención de la autoridad paterna: ¿"Así se discute con tus padres...? No te da vergüenza responder de este modo...?" El adolescente generalmente se callará, se mostrará osco y resentido, creyéndose víctima de una injusticia.

Una de las cosas que más le molestan en la vida del hogar, es que sintiéndose como un hombre de ideas propias, originales, se le siga tratando como al niño de la casa. No le dejan exponer su modo de pensar o no se le hace ningún caso.

Es necesario tener mucha paciencia con el joven, saber disimular y escuchar aunque sólo diga insensateces. Dejémosle que hable, oigámosle con curiosidad y atención, como si nos contara cosas nunca oídas.

El joven, finalmente se deja llevar por el principio "me gusta o no me gusta". No contradigamos sus gustos, sino encaucémoslos. Hagamos que le guste lo que es bueno, sembrando ideas en este campo tan bien preparado. Hagámosle ver con claridad, las graves consecuencias de este principio, no como maestros que no admiten discusión o duda de sus ideas, sino más bien con insinuaciones convenientes de un amigo a otro amigo. Y cuando esté ganada su voluntad, podremos sembrar el "agere contra", el dominio de sus instintos bajos, para la formación del carácter y la voluntad.

Resumiendo.-

Al leer estas páginas, podría decir alguno: "El adolescente es tan inasequible, que nos es imposible ayudarlo".

No ha sido mi intento, al describir estas líneas, desalentar a los padres y educadores, en la dura tarea de formar al joven. Hemos insinuado algo de la complejísima vida juvenil, para ayudar a comprender al adolescente. Que vean los educadores, las fluctuantes actitudes de sus educandos y las comprendan. No se juzgue al joven como un ser incorregible, como un caso patológico (claro está que puede serlo), o como un ser que no tiene solución. "Es dueño de todo el hombre, quien se adue-

ña de su corazón". Si conseguimos que el joven encauce sus sentimientos, este joven está salvado. Pasará victorioso la edad difícil. Es verdad que para emprender esta tarea y llevarla a buen término, hay que renunciar a lo fácil y a lo gregario, de tratar a todos de la misma manera. No se debe castigar sin método alguno. Preguntémosnos en cada falta, el porqué de su actual comportamiento. No procedamos con ligereza. Un ejemplo nos lo aclarará.

Juan, de trece años. Medianamente dotado. Trabaja sin éxito. Llega el final de la semana, con resultados escolares que no corresponden ni a sus esfuerzos, ni a sus esperanzas. El muchacho buscará una compensación psíquica. Un sobresalir en otras cosas, por ejemplo en el deporte. Allí su orgullo herido, encuentra la compensación buscada y exigida por su naturaleza. En este campo no admite discusión ni crítica. "Bien, dice el papá, el origen de su indisciplina y de sus malas notas, está ahí. Se acabó el deporte". Sanción absurda. La verdadera causa, no está ahí. Es su amor propio, buscando una legítima compensación, que le niega su capacidad mental. Este papá, ha anulado el único aspecto sano, de una vida psíquica a punto de naufragar.

Es indudable que hay que intervenir, para ayudar al joven. Pero esa intervención debe ser ante todo, RESPECTUOSA. Dada la interioridad extrema del joven, sentirá su personalidad herida si alguien se entromete en su interior, sin él buscarlo. Es necesario tener mucho tacto y respeto a todas sus iniciativas. Jamás ponerse de frente, apoyados en el principio de autoridad. Mucha paciencia. Después, mucha paciencia. Y al final más paciencia todavía.

El testigo de su evolución, le tiene que ser simpático. Además, por lo menos inicialmente, el confidente ha de ser un mero testigo. Dejémosle que hable, lo necesita. Le gusta que se apele a su razón de hombre. Por fin, nuestra intervención, ha de ser firme, inteligente, cariñosa, comprensiva, pero sin debilidad. Respetuosa, como testigo que no habla sino para animar. Esta es la palabra mágica, ANIMAR.

EL QUE NO SABE ANIMAR, NO SABE EDUCAR.

ALFONSO TUÑÓN S. J.

Weston College V. S.